

“Y aun así, volando”: una épica de la resiliencia

María Rosa Lojo¹

Resumen. Reflexión en torno a la primera generación argentina de hijos de exiliados españoles, a la lengua y el decir materno como clave identitaria, sobre un yo ¿de dónde?

Palabras clave: María Rosa Lojo; Argentina; Galicia; literatura de la migración.

[en] “Y aun así, volando”: an epic of resilience

Abstract. Reflection on the first Argentinean generation of children of Spanish exiles, on the language and the maternal saying as a key to identity, on an "I" from where?

Keywords: María Rosa Lojo; Argentina; Galicia; migration literature.

Sumario. 1. ¿Extranjera en su patria? Una burbuja peninsular. 2. Segundas personas. 3. Emigrantes/exiliados. 4. Catadora de libros y de individuos. 5. El canto de linaje. 6. Épica de la resiliencia.

Cómo citar: Lojo, M.R. (2021) “Y aún así, volando”: una épica de la resiliencia, en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 50, 21-31.

1. ¿Extranjera en su patria?² Una burbuja peninsular

Las marcas que llevaba en el habla, de niña, eran un sello estampado en un pasaporte, un documento de identidad. Tenía seis años y acababa de comenzar la escuela primaria. No bien abrí la boca, me preguntaron en qué lugar de España había nacido y cuándo había llegado a la Argentina. Mis “ces” y mis “zetas”, probablemente también mi léxico, sugerían un desembarco reciente.

Sin embargo, nací en Buenos Aires, más precisamente en el Hospital Israelita, aunque no tuviera otra relación con la colectividad que el hecho de ser el prestigioso Hospital uno de los centros de atención del seguro médico de mi madre. Hubo algo anticipatorio en ese escenario de bienvenida. Mi primera y mejor amiga de la infancia y otras que haría más tarde, serían de origen judío, provenientes, como yo, de una inmigración de guerra o de posguerra. Se ha reiterado la mayor proximidad que hubo entre los inmigrantes/exiliados que expulsó la Guerra Civil, y los europeos que venían huyendo del nazismo (Schwarzstein, 1999: 122). Todos formaban la comunidad intangible de los devastados por la violencia colectiva. El telón oscuro de esa memoria actuaba en ellos como filtro de la frescura de la vida, impedía la llegada directa o inocente de la luz del sol. Aunque eso los retraía del exterior, los hacía empáticos, comprensivos y comprensibles entre sí.

Sin duda portaba mi acento peninsular desde que empecé a decir las primeras palabras. Pero fue en la ciudad suburbana de Castelar, mi nuevo vecindario, y en mi escuela, donde me lo hicieron notar como algo extraño. Los inmigrantes españoles (englobados en el gentilicio “gallegos”) solían ser adultos que venían a trabajar. Ver, o mejor dicho, oír españolitas era menos frecuente.

¹ Escritora. Universidad del Salvador, Buenos Aires. Argentina.

Email: mrlojo@gmail.com

² Título del poema de Rosalía de Castro perteneciente a su libro *Follas novas* (1998: 241).

María Teresa Calatrava Pedromingo, mi mamá, no era gallega de Galicia, sino madrileña. Antonio Lojo Ventoso, papá, sí que era gallego, de Barbanza, aunque tenía el acento suave como una piedra pulida largamente por los roces y las fricciones. Su alistamiento en 1934 (a sus diecinueve años) lo había llevado a la Capital, al Ministerio de Marina de Guerra y Aire, y de ahí a toda España, como asistente y chófer de un jefe al que mencionaba siempre con veneración y cariño³. Ese jefe le había prohibido la locura de adelantarse a los kamikazes piloteando avioncitos de combate tan bisoños como él. Si no hubiera sido por el coronel republicano parecido a un padre, solía repetirme, no estaría vivo. Yo tampoco.

Más me estremece pensar que debo mi existencia, igualmente, al hecho de que otros sí murieron. Como Pepe. No encuentro su apellido por ninguna parte, aunque sé que el materno es también Calatrava, porque era primo de María Teresa por parte de madre. Las cartas de amor no se firman con apellido. Las novias viudas solo se refieren a quienes amaron por su nombre de pila. O por su diminutivo. La última carta de Pepe data del 24 de noviembre de 1935. Está casi partida en seis dobleces, tan viejos que ahí la tinta empieza a volverse ilegible. A su autor le quedan apenas unos meses de vida, pero él no lo sabe, aunque parece presentirlo: *hay ratos como éste en que una melancolía infinita me entra sin saber por qué. Ya a las cinco de la tarde es de noche y hoy hacía mucho frío, un frío de niebla que me ha penetrado hasta el alma. ¡Ya no puedo más! Todo me parece ya lejano, el recuerdo y el porvenir.*

Pepe escribe desde Liège, donde finaliza la carrera de Ingeniería, muriéndose de frío belga y de añoranza amorosa. Pronto una de las dos Españas le helará el corazón definitivamente. No es político, solo piensa en volver lo antes posible para casarse con María Teresa (no la llama así, sino Maruja, Marujilla, Niña mía). Cuando regrese, la guerra envolverá su pasión en una mortaja.

No importarán sus intenciones, sino dónde ha nacido y con quien está. Su madre viuda y devota esconde varios curas en el sótano de su casa. No le aportan un tesoro de salvación eterna sino una orden de ejecución inmediata. La requisa de una partida miliciana es de una eficacia feroz. Doña Luisa y su hijo son arrastrados a un “paseo” final junto con sus huéspedes y fusilados expeditivamente. María Teresa se salva porque tiene una cita con la modista, para hacerse la última prueba de su vestido de novia.

A muchos kilómetros de distancia, en la aldea de Comoxo, municipio de Boiro, La Coruña, golpean a la puerta de una casa de piedra. Unos matones vienen a buscar a Juan, el hijo “mejorado”⁴, sospechoso de simpatías anarquistas y suscriptor de la revista *Cultura Proletaria*⁵. Les abre una mujer menuda y blanca, de ojos claros, que me anticipa. Es mi futura abuela: Rosa Ventoso Mariño, nacida en el Son. Juan no está, ella no sabe decirles cuándo llegará de vuelta. Tampoco sabe de revistas, ni de libros, solo de sus labores. Es una campesina, dice, no hay libros en la casa. Sin embargo, los hay. Rosa borda de maravillas, pero también lee y escribe, conoce la gran ciudad. Casó en Buenos Aires con Ramón Lojo Lago, paisano, y allí tuvo sus dos primeros niños. Con sus pocas economías, ha comprado varios volúmenes, de diversas materias. Sueña que su hijo Benigno sea maestro. A estas alturas, le parece una fantasía irrealizable: lo acaban de llamar al servicio. Estará obligado a pelear en el bando insurgente, contra su propio hermano Antonio, alistado en la Marina de la República.

Oye unos pasos a sus espaldas, mientras cierra la puerta, después de haber convencido (o eso cree) a los perseguidores. Es Manuela, su nuera, mi futura tía, que ha estado ahí en silencio todo el tiempo. Lleva de la mano a un *nenó* asustado. Las dos mujeres se abrazan. Se les caen las lágrimas, sin ruido, para que el *cativo* no se asuste todavía más. La decisión está tomada. El nieto seguirá teniendo padre y ella un hijo y Manuela un marido. No bien puede, Juan cruza a escondidas la frontera, llega a Lisboa y hace valer su pasaporte argentino para fugarse a la Reina del Plata, donde lo espera Ramón, el mayor de los hermanos, que ya estaba en la Argentina desde sus diecinueve años⁶.

³ Siempre me habló del coronel Sande: Juan Sande García, quien (según descubro ahora gracias a la lupa detectivesca de internet) fue comisionado por el Consejo Nacional de Defensa (CND) para custodiar el tesoro depositado en el polvorín de Algamecas, pero el Tte. Cnel Joaquín Pérez Salas, a cargo de la base de Cartagena, desestimó el nombramiento señalado que el depósito se hallaba bajo su jurisdicción (“El CND envió para su custodia al teniente coronel de máquinas de la armada Juan Sande García, nombrado delegado especial para todos los servicios de la marina de guerra, con *autoridad suprema*”, Egea Bruno, 2016: 146).

⁴ Según la costumbre rural gallega el hijo (o hija) al que los padres, de común acuerdo, elegían para que heredase la casa, con las principales fincas, y se quedara junto a ellos.

⁵ Fue una publicación ferrolana, de estabilidad escasa (Checa Godoy, 1989: 72) que, sin embargo (paradojas de la Historia) cambiaría por completo la vida de mi tío.

⁶ La misma edad a la que mi padre se alista.

La vida en la patria de nacimiento y ahora de acogida, es dura, pero en España es y será peor, por mucho tiempo, piensa Juan. Por eso “reclamará”⁷ a su mujer y a sus niños (una nena crecía dentro de Manuela, cuando él se fue; solo podrá conocerla cuando los tres desembarquen en la Argentina, seis años más tarde).

Poco después, hacia fines de 1947, Antonio se une a los hermanos que lo antecedieron. Repetirá, de esta manera y en otro contexto, una aventura transoceánica que ya habían protagonizado a fines del siglo XIX y principios del XX su padre Ramón y sus dos tíos⁸.

A comienzos del año siguiente el transatlántico Juan de Garay dejaría a María Teresa, su madre Juliana y su hermano Julio, en el Puerto de Buenos Aires. También ellos habían sido “reclamados” por un pariente: Alfonso Calatrava, mi tío abuelo materno.

En algún momento, tal vez en un café de la Avenida de Mayo o en la cervecería Richmond, donde emigrantes y exiliados solían reunirse, iban a cruzarse Antonio y Julio. El 26 de febrero de 1949, gracias a ese encuentro, mis futuros padres ya estarían casados. A sus treinta y tres años eran novios un poco tardíos para la época. O no tanto. Mientras las ciudades se destruían, el subsuelo español se había superpoblado de cadáveres jóvenes.

Yo nacería un lustro más tarde en la burbuja peninsular que mi familia había construido. Viví dentro de ella como en un invernadero hasta que la escuela elemental me despertó de aquella ficción mágica. España estaba muy lejos, las voces cotidianas que me acompañaban eran solo sus ecos. La tierra donde en verdad había visto la rara luz del mundo no me reconocía como propia, porque le hablaba con una voz extranjera.

2. Segundas personas

La escolaridad me fue limpiando las marcas del habla. Me convertí en una pista de vinilo donde se reinscribía el lenguaje. Soné de otra manera. Pero al volver a casa, reingresaba en España.

En un país itálico (el colectivo inmigratorio mayoritario), no comíamos *pizza* ni *maccheroni*, ni *ravioli*, ni *pastafrola*, como las personas normales. En cambio, en las ocasiones festivas nunca faltaba el pulpo (caro y difícil de conseguir), que la mayor parte de mis compañeras de estudio veían como un horrendo *alien* submarino inasimilable por el aparato digestivo humano.

Seguíamos alimentándonos con lentejas, cocido, pollo a la pepitoria, tortilla de patatas, garbanzos, pescado, si se conseguía bueno en una cultura carnívora. El mate (tanto de taza como cebado en el recipiente típico, y compartido por turnos, a la criolla), no se adoptó jamás. Mis tíos mayores (los gallego-argentinos) sí habían adquirido cierto hábito de matear en el trabajo. Es que, como lo aprendí después, no se trata solo de una infusión, sino de un gesto de amistad, una forma del compañerismo y la pertenencia.

Pero la gran frontera, la que instauraba nuevamente el Océano entre nuestra casa y la calle, pasaba por la lengua (o mejor dicho, por el dialecto del español que hablábamos). A tal punto, que la forma natural de la segunda persona del singular sería para mí, de oficio y por defecto, el “tú” que tenía grabado en el ADN literario y la audición prenatal. El “vos”, tan argentino, me parecía una artificialidad, una impostura, un disfraz que me era necesario utilizar para no sentirme, entre mis coterráneos, como una turista de otra galaxia. Tal opción (o determinación) lingüística pesaría no poco sobre mi futura vida de escritora, que empezaría por la lírica. Me sentí obligada a dar largas explicaciones sobre el tema cuando recopilé en *Bosque de ojos* (2011) mis cuatro libros de textos poéticos; en los dos primeros (*Visiones y Forma oculta del mundo*), sobre todo, el “tú” reaparece como una marca de fábrica:

Hija única en una casa de adultos hasta los seis años, aprendí a vosear recién en la escuela. Y jamás utilicé el voseo puertas adentro para dirigirme a unos padres que deseaban preservar, a toda costa, su vínculo genético y lingüístico con España. Esa lengua de mi infancia, sobreviviente y descolocada, es propia de todos los que nacen, ante todo, en un país llamado exilio y sólo después (re)conocen como propio el suelo que realmente pisan. (Lojo, 2011b: 248)

El hecho es que el “tú”, mi segunda persona natural, brota de lo entrañable y vuelve a surgir con fluidez incontenible no bien cruzo el océano hacia mis orígenes, o me encuentro con cualquiera (español, o

⁷ El “reclamo” era el mecanismo más frecuente para autorizar la inmigración y se expresaba en la “carta de llamada” enviada por un familiar directo, solicitando la presencia de los reclamados, y ofreciéndoles acogida (Fariás Iglesias, 2010: 56 y 86).

⁸ Con las debidas mediaciones ficcionales, la historia se narra en mi novela *Árbol de familia* (2010).

latinoamericano) para quien ese pronombre sea el necesario. No es extraño que se me imponga también en la poética. No se trata aquí de impostaciones, de (re) asumir lo que para el Río de la Plata sería una retórica arcaica, sino de volver a lo propio, en el terreno de lo íntimo y también en el de lo literario. (Lojo, 2011b: 249)

La preservación del castellano peninsular era, en casa, una práctica tan inevitable como deliberada. Un hecho biológico y un manifiesto político. Uno de los argumentos preferidos de papá en contra de la argentinización configuraba un verdadero modelo sofisticado de confusión (o fusión) entre ambos planos. Si yo hubiera nacido en la China –sostenía–, ¿es que iba a convertirme por eso en asiática?

El *ius solis* prácticamente no significaba nada. Apenas una circunstancia transitoria, una jugada tramposa de la madrastra Historia, que arrebató a los seres humanos su legítima herencia, sin poder borrarles lo que está escrito en sus células, en los rasgos de su cara.

Papá no era ingenuo; era solo ingenioso con una niña aún dispuesta a escucharlo y a creerse sus sofismas. Sabía que a largo plazo la batalla estaba perdida. Que el mestizaje cultural era inevitable. Por eso, quizás, mis padres me comunicaban continuamente sus planes de regreso, trataban de que se limitase a lo básico mi contacto con la sociabilidad argentina. Hubieran querido conservarme como un clavel del aire, una planta sin raíces, lista para plantarse en tierra española. De haberles sido posible (y pese a que aún vivía Franco), me hubiesen mandado allá para cursar la Universidad. Animada por mi excelente promedio, mamá hizo algunas averiguaciones sobre becas en la Oficina Cultural de España donde encontró (valga la paradoja) empleadas locales y nacionalistas (una de ellas, para colmo, lectora del filósofo descolonizador Enrique Dussel), que la desalentaron y hasta la reprendieron, encomiándole la excelencia de la Universidad de Buenos Aires donde, finalmente, hice mis estudios.

Lo inevitable ocurrió. Terminé la Carrera de Letras y casi de inmediato me enamoré de un argentino, al que le hablé siempre de vos, lo mismo que a nuestros hijos. Nos quedamos del lado americano, donde enterré a mis padres. Nunca volvieron a cruzar el *mare tenebrarum*, que Castelaó llamó también *mar inmenso da liberdade*.

Ser argentino es una fatalidad o una afectación, había dicho Borges. Ser español, lo mismo. Yo era, soy, fatalmente, las dos cosas. Sigo hablándoles de tú a mis padres muertos.

3. Emigrantes/exiliados

El exilio puede formularse como condición metafísica de la existencia humana: todos los mitos del Edén y la caída lo corroboran. La sospecha de que venimos de un perdido lugar de plenitud, de un nivel ontológico superior, recorre la filosofía y la poesía, desde Platón y Plotino a Georg Trakl (“es un ser extraño el alma en la tierra”).

También es una categoría histórico-política, que se encarna en circunstancias precisas. Los exiliados son hijos de la derrota. Escapan a la cárcel o a la ejecución; en casos menos extremos, a condiciones de vida con las que no desean pactar. Desde los antiguos hasta nuestros días, la diáspora del exiliado se ha cargado de connotaciones trágicas, asociándose a una verdadera muerte simbólica: la muerte civil, la exclusión de la comunidad de pertenencia. Desgarradura de vínculos, desarraigo, terror a la disolución, a la borrada del olvido, son las modulaciones afectivas que se transmiten de una generación a la otra.

La condición negativa suele definirlo. Se soporta un mal menor, antes que alentar esperanzas de crecimiento. Las perspectivas más optimistas son moderadas: sufrir menos, compensar, aunque sea en parte, lo que se perdió.

La emigración suele verse como una épica de progreso: desde las modestas ambiciones de confort hasta la riqueza (que solo algunos pocos realmente consiguieron). No se trata solo de la acumulación materialista, sino del capital simbólico: ascenso en el nivel educativo, el prestigio social, la posición de clase.

La Argentina venía recibiendo españoles en número creciente desde mediados del siglo XIX. Entre 1857 y 1930 entraron al país 2.070.000 ciudadanos de este origen, y formaron, en Buenos Aires, una de las comunidades urbanas migratorias más grandes del mundo (Moya 1998: 1); dentro de este colectivo, el componente gallego era el más numeroso.

Los que llegaron como exiliados de la Segunda República, antes, durante y también después de la Guerra Civil, fueron marcados (y se auto marcaron) como una entidad diferenciada. Los estudios especializados (no tanto el imaginario social) registraron su aporte intelectual y artístico (Zuleta, 1999). También se tendió a verlos como un grupo homogéneo. No obstante, hubo más bien una “comunidad imaginada” (Ortuño, 2010: 131) de personas que, en su mayoría, no se conocían unas a otras. No eran, por cierto, todos intelectuales ni

de la misma extracción social o cultural, aunque compartiesen una posición antifranquista. Entrevistas como las realizadas por Bárbara Ortuño (2010: 142 y ss.) señalan la existencia de un grupo más grande, anónimo, de trabajadores ordinarios, frente a una élite compuesta por letrados, políticos, artistas, que tenían una participación pública conocida, dentro y fuera de la colectividad española.

Las conversaciones muestran la pervivencia, dentro de esta “comunidad imaginada”, de algunos estereotipos, como los que oponían al emigrante anterior, movilizado por objetivos solo económicos, generalmente inculto, al republicano ilustrado compelido a dejar la patria por sus ideas. También existía un implícito desprecio por los republicanos que no habían hecho la guerra, que escaparon antes de que empezara o que no se habían quedado hasta el final (Schwarzstein, 1990: 160 y 161). Los emigrantes “comunes” y/o sus hijos, no dejaban de echar en cara a los exiliados (al menos a los que habían podido usufructuar con ventaja su educación y su capital relacional), la vida de privaciones y sufrimientos que la primera emigración había soportado.

Sin embargo, bien lo advierte Ortuño, no sería justo convalidar estas polarizaciones. Hubo emigrantes económicos con un compromiso político: la procura de una mejora patrimonial podía perfectamente acompañar la búsqueda de libertad; líderes como Alfonso Rodríguez Castelao (hijo de un emigrado económico y célebre emigrado él mismo) terminaron considerando a la Argentina como el territorio donde podía encarnarse el ideal del galleguismo, la *Galiza ceibe* (Galicia libre) que las circunstancias españolas hacían impensable (Lojo, 2016).

La emigración de posguerra, a la que pertenecían mis padres, era particularmente matizada: confluían en ella emigrados económicos, emigrados políticos y exiliados tardíos. A veces, en las mismas personas. Y no todos los exiliados (en realidad, más bien, la minoría) eran protagonistas famosos de la dirigencia política y la cultura, ni disponían, en América, del tiempo para volcarse a esas actividades.

La pobreza general, las pérdidas materiales y afectivas que derivaron de una guerra traumática, la falta de horizontes en un futuro donde el régimen franquista prometía seguir indefinidamente, influyeron en distintos grados tanto en mi padre como en mi madre para que ambos, cada uno por su lado, decidieran emigrar. En papá la defraudación de sus esperanzas (y las de tantos otros republicanos) sobre una inminente caída de Franco luego de la victoria de los aliados, se sumó a otros desengaños de índole amorosa y precipitó su decisión de trasladarse a la Argentina. Siempre se autodefinió sobre todo como exiliado político, condición que ciertamente compartía con otros miembros de la familia (Seixas y Farías, 2009⁹).

Mamá no hablaba de política. Dedicó parte de sus energías a mediar entre mi abuela Juliana (fervente católica, también afectada en forma directa por el fusilamiento de familiares, uno de ellos religioso¹⁰) y mi padre Antonio (condenable para su suegra, por izquierdista y anticlerical). Aunque la muerte de Pepe a manos de una partida roja hubiera torcido tan desdichadamente su propio destino, no por eso la oí expresar nunca simpatías por Franco. Sus relatos de la Guerra Civil quedarán siempre asociados en mi memoria de tres años, a un monstruo antropomórfico: el Hambre del Sitio de Madrid (así, en mayúsculas) que devoraba a las personas mientras caían, sin piedad, las bombas. El Caudillo no podía ser un libertador, sino el que había creado ese monstruo y desatado esa catástrofe.

Recuerdo un cuento infantil, inventado por ella para mí, que me da la medida de su desamparo, su ternura, y su hartazgo de los odios de todo tipo que habían desangrado a España. Así era, más o menos, la historia: un matrimonio de viejecitos vivía en una casa pequeña y sencilla (la construíamos juntas, con cartoncitos, y muebles en miniatura, sobre una bandeja de madera). Mamá les había puesto el curioso

⁹ En este artículo se mencionan los casos de mi padre (119) y de mi tío Juan (125), y se añade, por el aporte de mi primo hermano Antonio Lojo Romero (116), hijo de mis tíos Juan [Lojo Ventoso] y Manuela, la historia de su tío materno José Romero: “[...] pescador y militante anarquista natural de Boiro (A Coruña), quien se hallaba trabajando en el puerto guipuzcoano de Pasaia en el momento de producirse el golpe de estado. Combatió en el frente Norte hasta que éste se desmoronó, consiguiendo escapar a Francia. Al iniciarse la invasión alemana a este país en mayo de 1940 se sumó al maquis francés, permaneciendo en sus filas hasta 1945. Al acabar la contienda escribió desde Marsella a su hermana emigrada a la Argentina, quien lo “reclamó”. Llegó a Buenos Aires hacia 1950”. Del lado paterno, habría que añadir también el conflictivo exilio de Juan Ventoso, sobrino de mi abuela Rosa Ventoso Mariño, quien estuvo en un campo francés de refugiados en el norte de África, y luego logró pasar a Buenos Aires. Se casó con una argentina y tuvo un hijo, que lleva su nombre, psicoanalista.

¹⁰ También había allí una historia compleja. En la familia de mi abuela materna Juliana Pedromingo Rojo (Viñuelas, Guadalajara 1889-Castelar, Buenos Aires, 1970), habían sido ejecutados por el bando republicano el sacerdote jesuita José Pedromingo Cotayna (1904-1936), y su hermano (laico) Mario; sus dos hermanas (Filomena y Cándida) profesaron como Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús. Filomena Pedromingo Cotayna figura en la Biblioteca Alcarreña como precoz autora de un estudio sobre Calderón de la Barca (1924), cuando era alumna de cuarto curso en la Escuela Normal de Maestras. El padre de todos ellos, Vicente Pedromingo de la Riva, fue impresor, escritor, periodista, y llegó a ser alcalde de Guadalajara de 1918 a 1920 por el Partido Liberal (Calero Delso, 2013-2014: 392-394). Influidor por su esposa Catalina y su familia viró luego hacia una posición católica y conservadora.

nombre de “Pillallos” o “Piyayos” (nunca lo vi por escrito)¹¹. Sobrevivientes de la guerra, eran pobres, estaban solos (¿les habrían matado a los hijos?), no podían evitar la tristeza. Un buen día descubrieron otros seres aún más desvalidos: unos gatitos (los “Mininos”) que maullaban lastimeramente junto a su puerta. Les abrieron y empezaron a alimentarlos con un cuenco de leche. Ese momento clave cambió, para bien, la vida de unos y de otros. Los “Piyayos” olvidaron sus penas; tuvieron alguien a quien cuidar y fueron felices compartiendo su escasez a cambio de la compañía de los “Mininos”.

Tanto papá como mamá, dentro de esa emigración de posguerra, encarnaron actitudes que correspondían al perfil de los primeros exiliados: la percepción de su estadía como temporaria y la esperanza de retorno (pese a lo cual se afincaron, tuvieron casa y negocio propios, aunque también esto era una forma de consolidar un capital que les permitiera un regreso ventajoso); la conservación del habla peninsular y de las costumbres; la crítica a los que se habían “argentinizado”; la insistencia en el *ius sanguinis* que hacía, de los hijos, españoles esenciales y argentinos solo circunstanciales, también provisorios.

4. Catadora de libros y de individuos

Mis padres no pertenecieron a la élite intelectual del exilio. Pero no estuvieron tan alejados. En casa eran familiares los nombres de Luis Jiménez de Asúa, de Mariano Perla (que se convirtió en periodista de fama), de Claudio Sánchez Albornoz, de Elena Fortún (cuyos libros me regalaba mamá), de Rafael Alberti, Alejandro Casona o Eduardo Zamacois. También resonaban Castelao y Seoane. El hecho de que en 1960 nos mudásemos a las afueras de Buenos Aires, en Castelar (Oeste del conurbano), al tiempo que nacía mi único hermano (Juan Antonio) y de que mis padres se consagrasen a una vida familiar y de trabajo, con muy poco tiempo libre, limitó bastante sus posibilidades de participación en la vida societaria y cultural española y en las actividades desplegadas por esa élite que tenía como epicentro la Capital porteña.

María Teresa, que había llegado a poner en Madrid librería propia (pronto quebrada), se empleó en la librería de la gran tienda Harrods poco después de llegar a Buenos Aires y mientras pudo frecuentó a escritores y asistió a conferencias. Por su intermedio conocimos a uno de los más originales pintores gallegos (y españoles) del siglo XX: Laxeiro (José Otero Abeledo, 1908-1996). Aunque republicano, no se exilió al terminar la guerra. Pero sí decidió quedarse en la Argentina en 1951, atraído por el éxito y el amor. Había encontrado a “Lala” (Eulalia): una mujer guapa, emprendedora, culta, que se convertiría, para siempre, en su pareja. Era una querida amiga de mi madre, madrileña como ella. Yo sabía que Lala había estudiado Filosofía y Letras, que era de izquierdas y que la galanteaban los oficiales rusos en la ciudad sitiada; creo recordar (si no me lo inventé) que había tenido amores con un general soviético. Todo me parecía, desde luego, de una fascinación novelesca.

“Lala” es un nombre asiduo en un álbum hoy ajado, de esos donde las madres primerizas anotaban los balbuceos de sus bebés, las visitas, las felicitaciones, los regalos. Fui una hija deseada y tardía; nada le parecía a mamá indigno de la debida consignación. No faltan en ese álbum un sobre minúsculo, con un mechón de pelo rojizo, y hasta un escaipín.

Recuerdo que, ya niña, en su departamento de la Capital, donde a veces la visitábamos, Lala me ofreció un plato sorprendente de bananas fritas (receta de Cuba) y que Laxeiro llevaba anteojos, boina, y el pelo un tanto más largo que lo habitual en los señores. Que le gustaban mis dibujos y en general, los dibujos de los niños, donde encontraba la gracia incontaminada de la creación. Nos dejó un cuadro, pintado en casa, sobre una cartulina, uno de los tantos domingos en que compartieron con nosotros la paella, el vino y los recuerdos. De origen campesino, como papá, Laxeiro había transfigurado la rica cultura popular gallega en un arte innovador, a la vez barroco y esencial, fantástico y rústico.

Yo ignoraba entonces, en cambio, que nuestra “Lala” era nada menos que Eulalia de Prada Canelas (1908-1989). Militante del Partido Comunista, fue la primera española funcionaria de un Ministerio (el de Agricultura y Fomento, entre 1936 y 1939). Se había exiliado en la Argentina al finalizar la guerra¹². Hoy se les otorga a estas pioneras un lugarcito en las enciclopedias.

¹¹ Mamá me relataba esas historias entre mis tres y cuatro años de edad. Hoy, Google, siempre servicial, me informa sobre el malagueño Rafael Sánchez Nieto, “El Piyayo”, (http://www.gibralfaro.uma.es/biografias/pag_1558.htm) cantaor flamenco y vendedor ambulante, pobre y popular, que vivió entre 1855 y 1940. No sé si mi madre se inspiraría en este personaje (que quizá le era familiar desde su ascendencia paterna andaluza).

¹² Los datos figuran en la Galipedia (https://gl.wikipedia.org/wiki/Eulalia_de_Prada).

También encontré, después de la muerte de mamá y entre sus libros, uno, dedicado, de Joaquín Calvo Sotelo (1905-1993), intelectual de ideas conservadoras, cronista y dramaturgo en la línea de Jacinto Benavente. María Teresa me había hablado de él con estimación literaria y con cariño. Probablemente le gustara su obra (era lectora de Benavente, cuyo teatro teníamos en casa, en varios tomos de papel biblia) y sin duda valoraba su persona.

Las amistades tan dispares que quiso y supo cultivar pese a que el mundo le había mostrado tan pronto su sanguinaria intolerancia, representan para mí lo mejor de su legado. Enmarcada en una familia filo clerical y nacionalista conservadora, no se limitó a ese entorno, ni cerró sus juicios o sus afectos; tanto fue así que se casó con Antonio. Tuvo el don de apreciar lo diferente, precisamente porque era diverso y singular. No era una inquisidora de las ideas, como hubo tantos y tantas en su tiempo y sigue habiendo en el nuestro, sino una catadora de libros y de individuos.

Nunca inventó un personaje literario, pero descubría las personalidades de los demás a través de sus escrituras. Había estudiado grafología con los cursos de Matilde Ras y de Augusto Vels. Hizo muchos análisis grafológicos en Buenos Aires, generalmente como un regalo para amigos. Nadie se quejó. Quizá los veía mejores de lo que eran, expandía virtudes y minimizaba defectos. O daba en el clavo de aquello que los hacía únicos.

Mujer de belleza llamativa (solían compararla con Hedy Lamarr o Rita Hayworth), se tomó muchas fotos; algunas, retratos de estudio. También quedó otro retrato, de dos carillas y sin ninguna imagen, firmado por el famoso Augusto Vels, que dice, entre otras cosas: “Inteligencia muy activa, clara, fina, sutil y delicada en los matices electivos, con buenas facultades de imaginación y con una fantasía e inventiva altamente original, especialmente para los temas del espíritu.”¹³

María Teresa, que no hablaba de política, fue una exiliada radical, existencial. Con los años, la pérdida de España le resultaba cada vez más intolerable. En 1974, una década antes de su muerte, comenzaría un declive de final trágico, que la destruyó y que destrozó también la familia que había creado en Buenos Aires. De esa fecha son los versos que ocupan apenas una página y media titulada, escuetamente, “Toda mi vida”.

Primero la guerra, el terror, la plegaria: “Manos que en la oscuridad/ y en silencio se unían/ un ronco y voraz zumbido/ surcaba el aire/ Una bomba que explota/ Una luz, un grito./ la escoria, el frío, el hambre,/ los sueños ahogados”.

Después América, la ilusión, los hijos: “¡Surgió nueva vida!/ Luchamos viviendo/ vivimos soñando/ pasado, presente y futuro/ aunados y juntos.”

Por fin, la misión imposible: “Quisiera volver a vivir/ las Sombras de entonces/ ¡Volver al mar!/ Cruzarlo/ Abrazarlas./ Sentirlas vivas, intactas...”.

No hubo modo: “ese Madrid, siendo mi patria, morirá conmigo”.

“Como poesía no valen nada. Tal vez con los años puedas reconstruir algo con ellas”, agrega María Teresa, al pie de esos versos que me dedica.

También fui tu grafóloga, mamá. Te reconstruí desde tu escritura, en la mía. En doña Ana la cautiva, de *Finisterre*. En Ana la bella, de *Árbol de familia*, en Ana la desdichada de *Todos éramos hijos*. En Ana la que se deja morir y la suicida, mientras nacía su primer nieto.

Lo abismal.

Pero el abismo venía con la vida. La vida venía con la guerra.

La guerra desintegró y creó, mezcló tu destino y el de mi padre.

Bellum me fecit. Exiliada hija, niña de la guerra.

Así lo acepto

5. El canto de linaje

La fuente del origen no muere jamás. La fuente del origen suele esconderse, prístina, pura energía renovable, en un flanco de montaña, en lo profundo de un bosque.

¹³ De una carta mecanografiada, firmada y sellada por Augusto Vels. Lleva la dirección de Cursos Belpost-Tecnopost, Lauría 98, Barcelona. No tiene fecha, pero fue dirigida a mi madre cuando aún se encontraba en España, donde tomó estos cursos. La grafología se estudia hoy como postgrado en muchas universidades, y desde luego en la de Barcelona (https://www.uab.cat/web/postgrado/master-en-grafoanalis-europeo-grafistica-grafopatologia-y-grafologia-forense/informacion-general-1206597472083.html?param1-3080_es/param2-2013/) donde Vels (Alfonso Velasco Andreo, 1917-2000) fue profesor honorario.

¿Qué es un bosque? Un sistema ecológico perfecto, donde la muerte sirve siempre a la vida. El ser humano, depredador universal, destruye ecologías, contamina fuentes. Pero no en todos planos. ¿Quién podría matar un Mito?

No hablamos de mistificaciones, ni de estereotipos. Se trata del poder de los símbolos vivos, que dan sentido a todas las historias. Galicia se me manifestó como el espacio simbólico por excelencia: ese campo de fuerzas donde los chamanes cargan sus baterías intangibles y esponjan las alas para sus viajes multidimensionales.

La vi en las pinturas de Laxeiro y en los relatos de mi padre. Arcaica, inmemorial, pero también presente.

Cuando escuchaba a mi padre, domingo tras domingo, hablar de ese mundo tan real como ideal, o más real que lo inmediato, valioso especialmente porque lo había perdido, aún no comprendía que me estaba legando un *tayül* mapuche, mi canto de linaje (Lojo, 2013b), una “genealogía como dispositivo de protección en el exterior” (Broullón Acuña, 2013), hilo de Ariadna entre dos finisterres. Esa genealogía no era solo humana. Mi padre, el de *alma vegetal* (2010a: 97-103), me había provisto de un árbol madre: el *castiñeiro*, el castaño (pero la palabra *árbore*, en *galego*, es femenina).

Volví a Galicia, donde nunca había estado, para asistir a la cita con un árbol inexistente: el fantasma de un castaño descomunal que había sido talado hacía décadas y que tenía un *ersatz* raquítrico (lo que permitía el clima de Buenos Aires) plantado por papá en el jardín de nuestra casa como un testigo y un centinela. Allí se quedó, esperándome, hasta que cumplí el mandato (¿la súplica?) de retorno.

A terra do meu pai fue generosa conmigo. En todos los sentidos: familiar, afectivo y cultural. Me recibió como *galega filla*, me proveyó de imágenes poéticas fundadoras. El corredor, el finisterre, la dorna, el castaño, el bosque, el mar ambiguo, la red o constelación que une los tiempos y los espacios.

Solo faltaba que esas imágenes se cruzaran con la pampa seca y las lagunas bajas, con la vida a ras del cielo del Sur que es otra pampa inversa donde los ojos ruedan. Que los gallegos (por múltiples razones) se reconociesen en los indios de la Argentina. Que fueran navegantes de la pampa nómada. Que los indios se apropiasen de una *fada* del agua. Que las *meigas* se espejasen en las *machis* mapuches. De ese cruce, de ese mestizaje, de esa hibridación, nació la literatura que me tocaba escribir, cuando el Mito, de un lado y del otro, se entreveró con la Historia. Y su motor siempre móvil, omnipresente, fue el exilio.

6. Épica de la resiliencia

Mujeres y varones aislados, exilados, asilados, externados, extrañados. Transterrados. Fuera de lugar. Fuera de sí.

Cautivas y cautivos de la tierra donde recalaron y que los atrapó.

No hay uno solo de mis libros por donde no transiten esta clase de personajes. A menudo, como protagonistas.

Cuando decidí hacerme cargo de mi suelo natal, reivindicar por fin el *ius solis* junto al *ius sanguinis*, entré en su historia desde la voz de Lucio Victorio Mansilla (1831-1913): un escritor, viajero y aventurero, que me develaba el lado oculto de esa historia, lo que no enseñaban en la escuela; la contaba al oído, como un secreto de familia. El primer texto suyo que leí entró a casa de la mano de mi padre, regalo de mi santo, en un pequeño estante junto a otros libros de la “Colección de Clásicos Jackson en miniatura”.

En “Los siete platos de arroz con leche” Lucio le ponía cara y cuerpo a un gobierno que estaba en la víspera de su caída: el de su tío y padrino, Juan Manuel de Rosas. Allí presentaba, de viva voz, a un hombre que iba a ser vencido en pocos días, que se quedaría sin poder y sin tierras, que pasaría el resto de su vida en el exilio, del otro lado del mar, en una granja de la campiña inglesa.

La escena que dibuja el relato de Mansilla tiene otra protagonista esencial: la hija de Rosas, su prima Manuelita, que lo acompañaría a Inglaterra, aunque no como un apéndice sumiso. Manuela perdería allí el protagonismo político del que gozaba en la Argentina, junto a su padre. Haría el duelo de la patria perdida, pero también ganaría en libertad personal; formaría, pese a la oposición egoísta de su padre, su propia familia, construiría su propia casa.

Ella es la heroína de *La princesa federal* (1998) que introduce con fuerza un tema crucial; el lugar de las mujeres en la Historia, su lucha por constituirse como sujetos autónomos y como agentes capaces de intervenir en todos los ámbitos y funciones sociales. El problema de la subalternidad (de género, de etnia, de clase) se cruza con la perspectiva del exilio, la derrota y la pérdida, tanto en novelas autoficcionales o centradas directamente en la e/inmigración (*Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, *Árbol de familia*, *Todos éramos hijos*, *Solo queda saltar*) como en otras que abordan figuras y frisos de la historia nacional (*La pasión de los nómades*, *La princesa federal*, *Una mujer de fin de siglo*, *Las libres del Sur*, *Finisterre*). El

mismo enfoque puede extenderse a muchos personajes y situaciones de los libros de cuentos: *Marginales, Historias ocultas en la Recoleta, Amores insólitos, Cuerpos resplandecientes*.

Pero subalternidad, exilio, derrota y pérdida tienen una contracara: la resiliencia. El salto sobre el abismo, la “salida por arriba”¹⁴ del laberinto del tiempo, la memoria obstinada contra el olvido, la inmortalidad de la experiencia transfigurada en escritura, el procesamiento del duelo y su superación por la palabra, la reconstitución de los vínculos.

Al exilio y la emigración se apela, también, como estrategia extrema para seguir viviendo:

Soy la casa sin anclas. Soy mi propia barca que cruza los abismos llevando la memoria de todas las orillas. Migramos para sobrevivir. Como las libélulas pantala o las mariposas monarca. De la India al África. Desde el Canadá hasta México. De un Finisterre al otro, como las Siniguales en su dorna, que es una miniatura de las naves vikingas (Lojo, 2018c: 149).

Las Siniguales son el avatar maravilloso del e/inmigrante. Criaturas inexistentes pero fotografiadas por una artista (Leonor Beuter), que es también mi hija y la nieta de Antonio y de María Teresa¹⁵. Ni humanas, ni hadas ni insectos, desautorizan y esquivan el pensamiento binario (Braidotti 2011), participan un poco de las tres categorías: lo humano, lo feérico y lo entomológico, pero no se identifican con ninguna. Migran de lengua (del gallego al castellano), migran de Vigo a Buenos Aires, de la editorial Galaxia a la editorial Mar Maior. Son criaturas de un libro escrito y visual (álbum ilustrado) donde imagen y palabra se generan una a la otra, recíprocamente, sin subordinaciones. Isolina (una de las protagonistas de *Solo queda saltar*) las ha visto o soñado (¿visto y soñado?) en su infancia de Finisterre. Su historia mitológica, su mitología histórica, se escribe poéticamente en *El libro de las Siniguales y del único Sinigual* (2010 y 2016), pero enmarcada en la reformulación paródica de un tratado de zoología, con títulos como: “Naturaleza y propiedades de la especie”; “Las Siniguales. Su definición improbable”; “Equivocaciones y lugares comunes con respecto a las Siniguales”; “La reproducción de las Siniguales”; “La singularidad del Sinigual”.

Representan el triunfo de lo mínimo, de la delicadeza casi imperceptible. Su magia radica en el mero hecho de existir (Shúa, 2017): “No conceden poderes porque ellas pueden poco en el mundo abigarrado, denso y ruidoso de los humanos, y casi toda su capacidad de milagro la emplean sólo en ser, con tanta sutileza.” (Lojo y Beuter, 2016)

Es que son ante todo resilientes, sobrevivientes tenaces, tan frágiles como invencibles, con la capacidad de autorregenerarse y persistir a través de los siglos en una realidad violenta y despiadada, dominada por la más terrible de las especies: la humana, que las ignora o las destruye.

Más allá de las crueldades y las catástrofes de la naturaleza y de la civilización, subsisten trasladándose y transformándose, camufladas y libres: “Las Siniguales son sensibles a los aportes autóctonos y adoptan las vestimentas más adecuadas para cada geografía y aun los cambios de moda y de costumbres que los humanos llaman, pomposamente, Historia.” (Lojo y Beuter, 2016)

Superviven, sobrevuelan.

Aun así:

Se las ha visto con una pierna menos, como piratas o inválidos de guerra, con los tules desgarrados y en la cabeza un solo pelo de lana, y aun así, volando.

Con las ropas ardidadas y lllagada la cara sin facciones, y aun así, volando.

Mutiladas, heridas, rotas, desgznadas como puertas que el viento desencaja y arranca, y aun así, volando.

Desdeñadas, desoídas, semiplastadas como cucarachas que logran escurrirse a último minuto del brutal, definitivo pie humano.

Arrojadas a cestos de basura, aventadas como abrojos o pelusas que se prenden a la ropa, aspiradas por máquinas de limpieza, arrastradas a gigantescos hormigueros como un fardo de briznas o ramitas.

¹⁴ “De todo laberinto se sale por arriba”, dijo Leopoldo Marechal en *Laberinto de amor* (1936).

¹⁵ Leonor reside en Berlín desde el año 2013, con pasaporte español en el que figuran sus dos apellidos: Beuter Lojo. Hija y nieta de españoles por el lado materno, ha completado ese circuito de idas y vueltas transoceánicas que nunca se cierra del todo, como lo prueba toda nuestra historia familiar. Por el lado paterno, descendiendo de emigrantes alemanes luteranos, que llegaron a Brasil a fines del siglo XIX y luego se trasladaron a la Argentina.

Y aun así, regenerándose, creciendo como crece la semilla bajo la tierra del incendio, vueltas a nacer y a coser con las manos quebradas, con los retazos de los cuerpos, con los hilos del pensamiento. Imposibles de borrar, inmortales e inexplicables huellas de una belleza que persiste.
(Lojo y Beuter, 2016)

Referencias bibliográficas

- Braidotti, Rosi (2011). *Nomadic Theory. The Portable Rosi Braidotti*. New York: Columbia University Press.
- Broullón Acuña, Esmeralda (2013), “Linajes y culturas diaspóricas lojianas. La genealogía como dispositivo de protección en el exterior”, *Intersecciones en Antropología*, vol. 14, n.º. 1, págs. 5-14. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/1795/179531063001.pdf>
- Calero Delso, Juan Pablo (2013-2014), “El Primer Ensayo: un cuadro de costumbres de Guadalajara”, *Cuadernos de Etnología de Guadalajara. Revista de Estudios del Servicio de Cultura de la Diputación de Guadalajara*, n.º. 45-46, págs. 387-418. Disponible en: <https://docplayer.es/59499162-Cuadernos-de-etnologia-de-guadalajara.html>
- Castro, Rosalía de (1998). *Poesía completa en galego*. Edc. de Benito Varela Jácome. Vigo: Xerais.
- Checa Godoy, Antonio (1989). *Prensa y partidos políticos durante la Segunda República*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Egea Bruno, Pedro María (2016), “El final de la Guerra Civil: Cartagena, marzo de 1939”, *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, n.º. 14 (año 2016), págs. 139-164.
- Fariás Iglesias, Ruy (2010). *La inmigración gallega en el Sur del Gran Buenos Aires, 1869-1960*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Lojo, María Rosa (2006), “Mínima autobiografía de una exiliada hija”, en Manuel Fuentes y Paco Tovar (eds.). *L'exili literari republicà*. Tarragona: URV, págs. 87-97.
- , ----- (2010a). *Árbol de familia*, Buenos Aires: Sudamericana.
- , ----- (2010b), “Los 70 años del exilio republicano y sus hijos americanos. Los hijos del amor y del espanto”, *Radar Libros, Página 12*, 24-01-10, págs. 8-9. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-5876-2010-01-28.html>
- , ----- (2011a), “Ficción histórica y genealogía ficcional: una dimensión liberadora y curativa”, *Telar. Revista del Instituto de Estudios Latinoamericanos* 9 (2011), págs. 7-14. Disponible en: <http://www.filo.unt.edu.ar/rev/telar/revistas/telar9.pdf>
- , ----- (2011b). *Bosque de ojos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- , ----- (2013a), “El exilio heredado: raíz de la escritura y herida de la memoria”, en María Teresa González de Garay y José Díaz-Cuesta (eds.). *El exilio literario español de 1939. Setenta años después*. Universidad de la Rioja: Logroño. Disponible en: <http://www.unirioja.es/servicios/sp/catalogo/online/Exilio1939/testimonios.shtml>
- , ----- (2013b), “Mujeres, nómades y cantos de linaje”, *Intersecciones. Foro de discusión - Intersecciones en Antropología*, vol. 14, n.º. 1, págs. 15-17. Disponible en: <https://www.redalyc.org/pdf/1795/179531063001.pdf>
- , ----- (2014), “Españolas en Buenos Aires: sirenas, muñecas y ‘bailaoras’ cautivas”, *Oltreoceano. Abiti e abitudini dei migranti nelle Americhe e in Australia* (a cura di Silvana Serafin), n.º. 8, págs. 261-266.
- , ----- (2016), “La Argentina y su criptoidentidad gallega”, en María Rosa Lojo (ed.), “Galicia en la Argentina: una identidad transatlántica”, *Olivar*, vol. 17, n.º. 25, e002, junio 2016. Disponible en: <http://www.olivar.fahce.unlp.edu.ar/article/view/OL1e002>.
- , ----- (2018a), “Figuras de la migración. De la migración al exilio, del nomadismo al cautiverio, entre corredores y finisterres”, en Ivana Galetti (comp.), Sabrina Zehnder y Adriana Crolla (eds.). *Migraciones y espacios ambiguos. Transformaciones socioculturales y literarias en clave argentina*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, págs. 210-230. Disponible en: <http://www.fhuc.unl.edu.ar/media/investigacion/publicaciones/LETRAS/Migraciones%20y%20espacios%20ambiguos.pdf>
- , ----- (2018b), “Una poética de la identidad en tránsito. La literatura, puerta vaivén entre el mito, la fantasía y la Historia”, *Testi e Linguaggi. Rivista di studi letterari, linguistici e filosofici dell'Università di Salerno*, n.º. 12, Annuale, págs.155-165.
- , ----- (2018c). *Solo queda saltar*. Buenos Aires: Loqueleo/Santillana.
- , ----- (2019), “Ser en el tránsito, casa sin anclas, memoria nómada”, en Carmen Luna Sellés y Rocío Hernández Arias (eds.). *Más allá de la frontera. Migraciones en las literaturas y culturas hispano-americanas*. Berlín: Hispano-Americana Geschichte, Sprache, Literatur, Peter Lang, págs. 855-871.
- Lojo, María Rosa y Leonor Beuter, Leonor (2010). *O Libro das Seniguais e do único Sinigual*. Vigo: Galaxia.
- , ----- (2016). *El Libro de las Siniguais y del único Sinigual*. Buenos Aires: Mar Maior.
- Moya, José C. (1998). *Cousins and Strangers. Spanish Immigrants in Buenos Aires 1850-1930*. Berkeley: University of California Press.
- Núñez Seixas, Xosé M. y Ruy Fariás (2009), “Transterrados y emigrados: una interpretación sociopolítica del exilio gallego de 1936”, *Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura*, vol. CLXXXV, n.º. 735, enero-febrero de 2009, págs. 113-127.

- Ortuño Martínez, Bárbara (2010). *El exilio y la emigración española de posguerra en Buenos Aires, 1936-1956*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Poursizahi, Nike (2009), “Rafael Flores Nieto ‘El Piyayo’ 1855 – 1940”, *Gibraltar. Estudios biográficos. Personajes en su historia*, n°. 62, julio-agosto 2009. Disponible en: http://www.gibraltarfaro.uma.es/biografias/pag_1558.htm
- Schwarzstein, Dora (1990), “Historia oral y memoria del exilio. Reflexiones sobre los republicanos españoles en la Argentina”, *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, año/vol. III, n°. 009, Universidad de Colima, México, págs. 149-172.
- Schwarzstein, Dora (1999), “Entre la tierra perdida y la tierra prestada: refugiados judíos y españoles en la Argentina”, en Fernando Devoto y Marta Madero (eds.). *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina entre multitudes y soledades. De los años 30 a la actualidad. Vol. 3*, Buenos Aires: Taurus, págs. 107-135.
- Shúa, Ana María (2017). *La magia de existir. Reseñas Boca de Sapo*. Disponible en: <http://reseniasbds.blogspot.com.ar/2017/01/la-magia-de-existir-por-ana-maria-shua.html>
- Zuleta, Emilia (1999). *Espanoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*. Buenos Aires: Atril.